

## La fe de Moisés (11:23-29)

### La fe que no teme a los hombres. La osadía de la fe. v. 23

#### Introducción:

Las dos secciones más grandes de este capítulo se dedican a los dos personajes más importantes en la historia de la conformación del pueblo del Señor. Primero, Abraham, quien es considerado el padre de los creyentes. Los judíos le tenían como su padre (Mt. 3:9), de manera que, debido a este gran respeto hacia el patriarca, el autor de la carta a los Hebreos consideró que su ejemplo de fe perseverante sería contundente para mostrarles a los titubeantes creyentes receptores de la carta que si renunciaban a Cristo, entonces no tenían la fe de Abraham y por lo tanto estarían excluidos del Reino de Dios.

El otro personaje, al cual se le dedica un espacio grande, es Moisés. Este es considerado el padre de la nación de Israel. Su ejemplo de fe perseverante también será fundamental para el desarrollo de su teología de la fe. Su “vida entera estaba marcada por la conciencia de la presencia y el poder del Dios invisible, y la creyente obediencia a su palabra”<sup>1</sup>.

Desde el verso 23 y hasta el 29 encontramos cinco referencias a la fe de Moisés, la primera se refiere a sus padres, y la última al pueblo de Israel:

1. La fe que no teme a los hombres. La osadía o el coraje de la fe v.23
2. La fe que se aparta del mundo y escoge a Cristo v.24-26
3. La fe que mira al invisible v.27
4. La fe que se aferra a la sangre de Cristo v.28
5. La fe que experimenta el poder milagroso de Dios v.29

**1. La fe que no teme a los hombres. La osadía o el coraje de la fe.** *“Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey”* (v. 23).

Aunque el personaje central de esta sección es Moisés y su fe, no obstante, en el verso 23 entendemos que se trata de la fe que ejercieron sus padres al momento del nacimiento del

---

<sup>1</sup> Bruce, F. F. La epístola a los Hebreos. Página 318

niño. La historia bíblica nos cuenta que luego de la muerte de José y los patriarcas, el pueblo de la promesa, bajo la sombra protectora de Egipto, empezó a multiplicarse de una manera especial, al punto que los egipcios se preocuparon de este crecimiento poblacional de los hebreos: *“Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra. Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros y se vaya de la tierra”* (Ex. 1:8-10).

La bendición de Dios estaba sobre Israel y nada podía impedir el cumplimiento de lo que Dios había determinado: Que ellos serían tan numerosos *como las estrellas del cielo* (Gén. 22:17).

Pero el Faraón estaba temeroso de este pueblo robusto y fructífero, de manera que busca una forma de impedir la alta tasa de natalidad. Para ello decreta que todos los niños varones que nazcan de las mujeres hebreas sean muertos o lanzados al río para que allí se ahoguen. (Ex. 1-15-22).

Aunque este decreto busca cambiar el designio divino de multiplicar a su pueblo, ni siquiera el rey más poderoso de su tiempo puede estorbar los planes de Dios; pues, entre más trataban de acabar al pueblo de la promesa, este más se reproducía (Ex. 1:20).

Siempre ha sido así en la historia del pueblo de Dios. Cuando los enemigos se levantan en contra del reino de Cristo y persiguen a los santos, causándoles sufrimiento y muerte, más rápido crece y se extiende la semilla de la fe.

En todo tiempo de persecución ha sido una realidad lo que dice Hechos 5:14 *“Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”*.

En esta historia vemos que *“Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá”* (Prov. 19:21). Y que *“Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones”* (Sal. 33:10-11).

De manera que cuando el levita Amram tomó por mujer a Jocabed, también de la tribu de Leví (Éx. 2:1), y esperaron en el Señor tener una familia, ellos sabían que de tener un niño varón este correría la misma suerte del resto de los niños, es decir, serían lanzados al Río Nilo.

En medio de lo más duro de la prueba, estos dos creyentes decidieron obedecer a Dios en el propósito de procrear y criar hijos que vivieran para Su gloria. Ellos confiaban en el Señor y esperaban en Su gracia.

El Señor, cuando creó al hombre y a la mujer, les ordenó que se reprodujeran, que llenaran la tierra y la sojuzgaran (Gén. 1:28). De manera que es responsabilidad de todo hombre unirse a una mujer en el santo matrimonio y engendrar hijos, salvo que la providencia del Señor no les conceda el don de la reproducción o, que el llamamiento para un oficio especial incluya el don del celibato.

Cuando dos esposos deciden no procrear, ya sea por temor al futuro o por amarse tanto a sí mismos que no quieren ser estorbados en su felicidad por la crianza de un bebé, entonces se encuentran violando el mandato divino, deben arrepentirse de tal conducta y disponerse para ser padres que glorifiquen a Dios criando hijos en la disciplina y amonestación del Señor.

El Dios de la vida le concede la dicha a este par de levitas de engendrar un hijo varón, el cual nace saludablemente. Sus padres sabían que muy pronto correrían las noticias de que había nacido un hijo varón, y en poco tiempo vendrían los egipcios a quitarle la vida.

A pesar del gran riesgo que ellos corrían si se descubría que habían estado ocultando el nacimiento de su hijo varón, ellos decidieron arriesgarlo todo, pues, a través de los ojos de la fe, pudieron ver en el bebé la esperanza de liberación que tanto anhelaban.

El autor de la carta a los Hebreos dice que los padres ocultaron al bebé Moisés por tres meses *“porque le vieron niño hermoso”*. Algunos comentaristas bíblicos creen que esta frase da a entender que sus padres vieron en la extraordinaria belleza de este niño algún indicio de que sería el libertador, de que él estaba lleno de la gracia de Dios desde su nacimiento, lo cual evidenciaba que había sido destinado por el Señor para una llevar a cabo una tarea muy importante dentro del pueblo hebreo.

“La idea estaría mejor expresada por el adjetivo <principesco>. Todos los padres amantes creen que su hijo es excepcional; pero aquí hay una insinuación de una percepción profética de que ese niño tenía un destino especial”<sup>2</sup>.

El gran comentarista bíblico y reformador Juan Calvino escribió: “...los padres de Moisés no se encantaron con la belleza del niño como para inclinarse a salvarlo por lástima, como acontece ordinariamente entre los hombres; sino que veían como una especie de señal de grandeza futura, impresa sobre el niño, la cual prometía algo extraordinario. No hay duda pues de que, por su misma apariencia, ellos se inspiraran con la esperanza de una liberación cercana: porque consideraban que el niño estaba destinado para ejecutar grandes cosas”<sup>3</sup>.

La época en la que nace Moisés fue un tiempo de profundo sufrimiento para el pueblo de la promesa, pues, estaban siendo esclavizados y maltratados por los Egipcios. Es posible que algunos creyentes, como lo eran los levitas padres de Moisés, conocieran, por tradición oral, la promesa que había recibido Abraham en el sentido de que sus descendientes estarían en servidumbre por cuatrocientos años y luego serían llevados con mano poderosa a la tierra de Canaán: *“Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Más también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza”* (Gén. 15:13-14).

De manera que siendo la situación del pueblo tan terrible, al punto que *“gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre”* (Ex. 2:23), y siendo que ya estaban por cumplirse los cuatrocientos años prometidos a Abraham, entonces no es extraño pensar que los padres de Moisés vieron en su belleza extraordinaria una señal de que había llegado el momento de la liberación esperada.

Aunque los creyentes no debemos utilizar el libro de Apocalipsis, o el de Daniel, o las profecías bíblicas para sacar cuentas que nos lleven a determinar absurdas y atrevidas fechas para el retorno del Señor Jesucristo (Mt. 24:36; Hch. 1:7), no obstante, siendo conocedores de las profecías, debemos estar alertas a los tiempos y conocer que nuestra

---

<sup>2</sup> Taylord, Richard. Comentario Bíblico Beacon. Hebreos hasta Apocalipsis. Página 149

<sup>3</sup> Calvino, Juan. Epístola a los Hebreos. Página 253

final liberación también está cerca. Jesús nos enseñó a ver las señales del fin con aliento: “*Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca*” (Lc. 21:28).

La fe de Amram y Jocabed no solo pudo ver en el bebé una hermosura sobresaliente, sino que, les fortaleció para cumplir lo que consideraban era un designio divino, aunque este acto de ocultar al recién nacido podía implicar para ellos la misma muerte: “*y no temieron el decreto del rey*”.

La fe mueve a estos padres a actuar osadamente, no solo por el amor natural que los padres tienen hacia sus hijos, pues, de seguro otras parejas de Israel habían tenido hijos ese mismo día, y aunque hubieran querido preservarles la vida, no pudieron hacer nada para ello; pero en el caso de los padres de Moisés, ellos recibieron una fe especial que les permitió ver la liberación del pueblo a través de su hijo, y siendo que sería un instrumento para el Reino de Dios, decidieron darlo todo con el fin de preservarlo. La fe les fortaleció para que no se intimidaran o aterrorizaran ante el decreto del malvado rey. “*La fe en Dios es incompatible con el temor a las fuerzas hostiles*”<sup>4</sup>.

Este aspecto de la fe perseverante es fundamental para el cristiano, pues, en muchas ocasiones seremos enfrentados por las fuerzas del mal y su sistema mundano, de manera que para seguir nuestro caminar en pos de Cristo, necesitaremos valor y coraje para enfrentar la oposición.

La fe perseverante se llena de coraje ante los desafíos que nos presenta el vivir en medio de un mundo enemigo. Josué no retrocedió con temor ante el reto de enfrentar a los robustos y aguerridos pueblos que habitaban la tierra prometida, sino que recobró fuerzas en el Señor y enfrentó con gallardía al enemigo, siempre siguiendo hacia adelante en pos de la voluntad revelada del Señor. Los apóstoles fueron conminados por las autoridades judías para que no predicaran el evangelio de Cristo, so pena de grandes castigos, pero la fe en ellos obró el valor para enfrentarse al sistema mundano y exclamaron con firmeza: “*Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*” (Hch. 5:29).

---

<sup>4</sup> Wenham, G. Nuevo Comentario Bíblico Siglo Veintiuno. Página 1396

En los padres de Moisés ocurrió lo mismo que en los personajes de las parábolas de Cristo acerca del Reino de Dios, los cuales, cuando vieron la belleza y la riqueza de Cristo (*el tesoro escondido y la perla de gran precio*. Mt. 13:44-45), deciden venderlo todo con el fin de tener el tesoro máspreciado, es decir, Cristo. Ellos vieron la gloria de Cristo a través de la belleza de Su hijo, y por la fe, están dispuestos a darlo todo, incluso sus vidas, con tal que este tipo del Salvador logre vivir y crecer hasta llegar a ser el gran caudillo que traerá la liberación esperada.

Luego de estar escondiéndolo por tres meses, estos padres osados en la fe, encuentran nuevas maneras de proteger a su hijo, y deciden esconderlo entre los juncos del Río Nilo, con el fin de que sea visto por la hija del Faraón y tal vez ella sea prendada por la belleza inusitada de este bebé. (Ex. 2:3-5).

La fe no se quedó quieta en estos valerosos padres, sino que, cuando las circunstancias cambiaban, ellos buscaban la forma de seguir en la lucha por el Reino. De igual manera, la historia del pueblo de Dios ha estado llena de valientes cristianos que, cuando los imperios y el mundo han levantado leyes y barreras que impiden la proclamación del evangelio, ellos re-inventaron nuevas formas y nuevos medios para llevar el mensaje de salvación con el fin de presentar la perla de gran precio a los hombres.

La fe no se queda quieta sino que es activa en el compromiso de trabajar por la extensión del Reino de Cristo, aún en medio de los obstáculos más grandes.

Ahora, el hecho de poner al niño en un canasto calafateado o impermeabilizado con asfalto y brea en el Río Nilo es una prueba de fe impresionante; pues, los peligros eran muchos: El canasto podía volcarse y el niño morir ahogado, la corriente podía arrastrar al bebé hacia aguas más profundas, un animal depredador podía comérselo; en fin, merodeaban muchos peligros. Pero no había otra opción, ellos debían arriesgarlo todo con el fin de cumplir la voluntad de Dios.

Ellos tenían la plena certeza de que si Dios había escogido a este niño para el servicio en el Reino, entonces debían entregarlo a la Divina Providencia cuando ya ellos mismos no podían hacer nada por él. Ellos confiaban en que Dios lo guardaría y lo preservaría, aún en medio de la multitud de peligros que significaba este inmenso río.

Aunque ellos ponen al niño entre los juntos del río, no obstante no lo abandonan. Enviaron a una hermana de Moisés para que estuviera atenta a lo que ocurría (Ex. 2:4). La Biblia nos relata que la hija del Faraón bajó al Nilo a bañarse, y, efectivamente vio al bebé en el carrizal. Esto indica que los padres de Moisés calcularon bien el sitio donde debían poner al bebé. La fe no solo es osada sino que utiliza la inteligencia de que hemos sido dotados por el creador.

Una vez que la hermana de Moisés se da cuenta que la hija del Faraón se encariña con el hermoso bebé (Éx. 2:6), procede al siguiente paso del plan diseñado, posiblemente, por su madre Jocabed, y se acerca cautelosamente a la princesa, y, con arrojo, mostrando también poseer la osadía de la fe de sus padres creyentes, le propone a la hija del Faraón que busque entre las hebreas a una mujer que esté amamantando y lo pueda criar. Es de suponer que los padres de Moisés estarían orando al Señor para que guiara todas las cosas a buen término conforme a Su voluntad, pues, la fe no solo es osada, no solo busca maneras de hacer frente a las circunstancias, sino que en todo depende de Aquel que mueve los hilos de la historia.

La propuesta pareció bien a la hija del Faraón y siguiendo las recomendaciones de la humilde y esclava jovencita hebrea, busca como madre sustituta a su propia madre biológica, obviamente, sin el total conocimiento de la princesa de que Jocabed era la verdadera progenitora del bebé (Éx. 2:6-9).

Los planes del Señor se cumplieron y este niño, que luego de ser criado por su madre biológica fue adoptado como hijo por la hija del Faraón, llegó a convertirse en el instrumento de liberación para el pueblo de Dios.

El instrumento utilizado por el Señor en toda esta historia llena de misterio, zozobra, angustia y peligros, fue la fe. Solo por esta fe los padres de Moisés estuvieron dispuestos a participar del accionar de Dios en la conformación del pueblo de la promesa. Y de seguro que la fe de Amram y Jocabed ejerció profunda influencia en la vida de Moisés, en Aarón y María - sus hermanos-, pues, ellos fueron utilizados poderosamente por el Señor en la liberación del pueblo en su tránsito por el desierto hasta llegar a las puertas de la tierra prometida.



Los padres creyentes pueden ejercer una poderosa influencia en los hijos para que éstos luego sean hombres y mujeres valerosos en el Reino de Dios. Padres de fe, tienen más probabilidades de influir en sus hijos para que estos también tengan fe. Otro ejemplo claro de este principio lo encontramos en Timoteo, a quien le escribió el apóstol Pablo diciendo: *“trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también”* (2 Tim. 1:5).

A través de la fe se consiguió algo que parecía imposible, que un niño varón de los esclavos hebreos, el cual debía morir al nacer, no solo fuera librado de la muerte, sino que viviera y fuera sustentado en el palacio donde reinaba el más grande enemigo de los hebreos. Lo que parecía imposible para los hombres fue *“posible para Dios”* (Lc. 18:27).

El Faraón dispuso todo para evitar que el pueblo de Dios continuara creciendo y se fuera de la tierra, él pensó que con este perverso decreto el plan era perfecto y evitaría cualquier sublevación; pero Dios había designado otra cosa, pues, no solo en medio de un tiempo de gran crueldad y persecución nació el que sería el libertador de Israel, sino que este fue alimentado, cuidado, educado y entrenado en la misma casa del Faraón.

Cuán ciegos son los pobres mortales pecadores en todos sus artilugios contra la Iglesia de Dios. Cuando ellos creen que tienen un plan perfecto y seguro, de manera que, piensan ellos, nada, ni siquiera Dios, impedirá que lleven a cabo sus planes de destruir la fe cristiana, el Soberano, el que se sienta en el Trono se ríe de ellos con desprecio y obra para la liberación de su iglesia, y la ruina de los impíos. *“¿Porqué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira”* (Sal. 2:1-5).

Moisés es un tipo de Cristo y muchos aspectos de su vida prefiguraban al Salvador. De la misma manera como el Faraón procuró la muerte de los niños varones del pueblo de Dios, tratando de impedir que estos llegaran a ser fuertes como para liberarse de su yugo opresor; cuando Jesús nació en Belén de Judea, el malvado rey Herodes también decretó la muerte de todos los niños varones de Belén, con el fin de impedir que naciera el que sería el



libertador de su pueblo. Pero a pesar de sus malvados intentos de estorbar el cumplimiento del plan Divino, no pudo impedir el nacimiento de Jesús, quien, así como Moisés, fue llevado a Egipto, donde Dios lo protegería, y luego lo llamaría de nuevo a la tierra de la promesa. Tanto en Israel como en Jesús se cumple la palabra que dice: “... *de Egipto llamé a mi hijo*” (Oseas 11:1).

### **Aplicaciones:**

- Algunos padres creyentes tienen hijos duros de corazón, rebeldes, que, aun cuando nacieron en cuna evangélica se apartaron del camino y decidieron andar en pos de sus propios pecados. Todos los padres debemos trabajar incesantemente en la salvación de nuestros hijos, en que ellos conozcan al Salvador: orando por ellos y enseñándoles el Evangelio, criándolos en disciplina y amonestación del Señor (Ef. 6:4); pero si un día ellos crecen y se vuelven duros de cerviz, y se van de casa, debemos entonces confiar en el Señor que él en su misericordia los guarde, los preserve y los traiga a la fe. Que en su gracia ponga en el camino de ellos a personas que los puedan conducir al Evangelio, pero nunca debemos dejar de orar por ellos y en la medida de lo posible proclamarles el camino de salvación. Pues, la fe de los padres es muchas veces usada por la gracia divina para traer a los hijos a la salvación. La fe de los padres es osada y encuentra caminos y formas de llevar el evangelio a los hijos rebeldes. Nunca nos demos por vencidos, sigamos en la lucha, oremos y anunciemos el evangelio a los hijos, que nuestra insistencia puede ser el instrumento usado por la gracia del Señor para hacer de ellos verdaderos creyentes.

- Hemos aprendido que la fe llenó de coraje a Amram y Jocabed frente al cruel edicto del rey. ¿Cómo podemos reconciliar esta forma de actuar frente a las autoridades, cuando el apóstol Pablo exhorta a los creyentes, diciendo: “*Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten acarrearán condenación para sí mismos*” (Ro. 13:1-2)? Es cierto que el Señor requiere que su pueblo se sujete a las autoridades establecidas, pero esto solo es válido siempre y cuando los gobernantes humanos no requieran del cristiano hacer algo

que Dios ha prohibido o les prohíban hacer algo que Dios ha mandado. La autoridad inferior siempre debe ceder su lugar a la autoridad superior. Los personajes bíblicos entendieron estos dos aspectos del mandato de Pablo y por eso se sujetaron a los gobernantes en todos los asuntos, excepto, en aquello que era violatorio de la Ley de Dios. Daniel conoció el decreto del Rey, el cual prohibía que se orara a otro Dios, pero este santo varón puso la Ley de Dios por encima de la ley humana de manera que *“Daniel... se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes”* (Dn. 6:10). El Señor nos ayude a ser obedientes a las leyes y a las autoridades que han sido puestas sobre nosotros, pero que también nos de la fortaleza para ser capaces de resistir aquellas leyes que van en contra de la Palabra de Dios, y, así sepamos que corremos el riesgo de ir a la cárcel, cumplamos la voluntad revelada de nuestro Señor.

- Hemos aprendido que la fe es una gracia espiritual que permite a su poseedor apartar la mirada de los terrores humanos, y confía en el Dios invisible. La fe declara *“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”* (Sal. 27:1). La verdad es que esta fe no siempre se está ejercitando. Con más frecuencia el brillo de la fe se ve cubierto por las nubes de la incredulidad y ella es eclipsada por el polvo de duda que Satanás suscita en el alma. Decimos “esta fe” porque hay miles de cristianos a nuestro alrededor que se jactan de estar ejercitando constantemente su fe, y que rara vez o nunca ellos son atormentados por la duda o que nunca se alarman por nada. La fe de esas personas no es *“la fe de los elegidos de Dios”* (Tito 1:1), la cual depende por completo de las fuerzas renovadoras del Espíritu Santo, no, la fe de esas personas no es más que una fe natural, una fe que surge de su propia voluntad, que pueden ejercitar siempre que les plazca. Para estas personas que nunca tienen temores muchas verdades y promesas de la Palabra de Dios no tienen ninguna aplicación para ellos. Pero cuando el rocío del cielo cae sobre el corazón regenerado, su lenguaje es: *“En el día que temo, yo en ti confío”* (Sal. 56:3). Hermanos, hay muchas cosas que nos causan temor, así como le sucedía al salmista. Vendrán a nosotros esos días en los cuales tenemos miedo, pero la fe se fortalece en el Señor y entonces confía, no en nuestras capacidades, sino en el poder de Dios. Confiemos de esta manera y avancemos en la vida cristiana, caminando con

firmeza, y si tropezamos o encontramos fuertes murallas, ejercitemos la fe en las promesas del Señor que Él nos dará la victoria.